

¿RACISMO?

ES SABIDO que en México no existe, propiamente, el racismo. Las diferencias en el color de la piel, en la forma de la cabeza y aun en el estilo de las tradiciones son, entre nosotros, en general, meros accidentes que no excluyen la simpatía, la amistad, la



cooperación armónica. Los atropellos que ocurren en otros países, contra individuos de raza no blanca, o no aria, en el nuestro suelen despertar vigorosas y encomiables protestas.

VACILACION

POR MOMENTOS, sin embargo, semejante postura —que es la única digna del ser civilizado, la única actitud cuerda y serena— parece vacilar ante los asomos de un prejuicio no enteramente desterrado: el prejuicio oscuro, irracional del antisemitismo.

DOLO, VITUPERIO, GENERALIZACION

HA BASTADO, por ejemplo, que en estos días una persona de origen judío haya asesinado a su esposa, en circunstancias problemáticas, para que ciertos diarios y cierto público lector de diarios, atribuyan dolosamente las causas

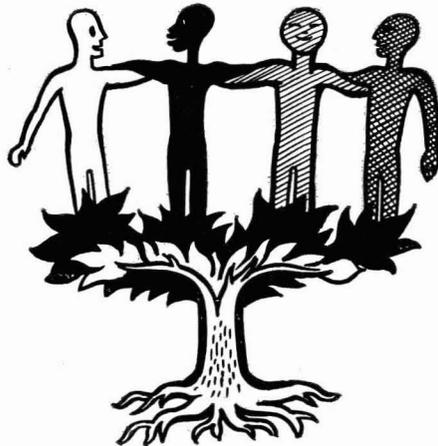


LA FERIA

DE

LOS DIAS

del crimen a quién sabe qué atavismos, quién sabe qué fatalidades genéticas del pueblo de Israel, con los consiguientes vituperios doctrinales y las respectivas generalizaciones arbitrarias.

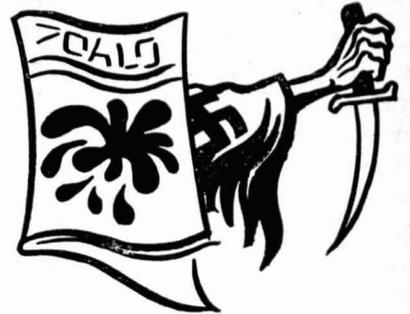


RESPONSABILIDAD

CUALQUIER hombre de mediano entendimiento comprende que los actos de un individuo no son, en manera alguna, imputables a la raza a que pertenece ese individuo; que supuesta la responsabilidad de un judío en un asesinato, aquélla recae de modo exclusivo sobre el delincuente o cuando más, sobre la sociedad toda —sin distingos raciales— que ha propiciado la comisión del crimen; que numerosos asesinatos son perpetrados por mexicanos, franceses, italianos o japoneses, sin que a nadie se le ocurra pensar que México, Francia, Italia o Japón, son naciones de asesinos.

FOBIA LATENTE

NO NOS engañemos, pues. Ni tratemos de esgrimir argumentos de orden lógico en donde no caben. Lo que late en el fondo del asunto es una estúpida fobia aún no superada; fobia que aguarda el menor pretexto para manifestarse y operar. La verdad



es que estamos muy lejos de alcanzar la plena civilización de que nos ufamamos, y que muchos de nosotros —a menudo los más insospechados— resultan todavía dóciles víctimas de odios incubados por una rutina de siglos.

REMEDIOS Y ESPERANZA

¿CÓMO ANIQUILAR tales odios ancestrales? Quisiéramos saberlo. Imaginamos que el remedio estaría en una paulatina educación de las multitudes; en el hondo y largo aprendizaje del respeto que el hombre debe al hombre, cualesquiera que sean sus creencias, sus costumbres, sus caracteres físicos, sus herencias espirituales. Columbramos asimismo la necesidad de borrar, de una vez por todas, el declamado mito —no es otra cosa, afirman biólogos y filósofos— de las razas puras, capaces de urgir en sus miembros, por virtud de un determinismo casi mágico, fatales y peligrosos comportamientos. Y esperamos que una época no distante nos depare, con la convicción universal de la básica igualdad humana, una libertad verdadera y un auténtico, cristiano sentido de la fraternidad sobre la tierra.

— J. G. T.

